

reproduccion del que publiqué en los años de 1820 á 1823; es una obra nueva, en que he procurado mostrar mi reconocimiento á la benevolencia insigne con que fue acogida mi primera edicion, y renovar al borde de la tumba la espresion del entusiasmo que desde mi infancia me inspiraron las producciones del mas sábio, profundo y correcto de los poetas líricos de la antigüedad. Yo he creído deber completar mi obra con la breve noticia de su vida, que estampo á continuacion.

VIDA DE HORACIO.

Quinto Horacio Flaco nació en Venusia, ciudad de la Apulia Daunia (hoy Venosa en la Basilicata) el 8 de diciembre del año 689 de Roma, 65 antes de J. C., siendo cónsules L. Aurelio Cota, y L. Manlio Torcuato. Su familia era de esclavos, y su padre mismo lo fué hasta que su escelente conducta le proporcionó la libertad, y una pequeña hacienda con cuyos productos vivia. En Venusia existia una mediana escuela, donde se habria educado Horacio como los mas distinguidos de sus compatriotas; pero el generoso padre determinó darle una educacion superior á su clase, y vendiendo su hacienda, y comprando con su producto una plaza de cobrador de contribuciones, le llevó á Roma, cuando apenas contaba el niño siete ú ocho años de edad. Púsole desde luego en la escuela del famoso profesor de literatura Orbio Pupilo, y no perdonó gasto ni esfuerzo para hacerle adquirir, no solo los conocimientos que debian

inmortalizarle algun dia, sino las buenas costumbres, que en el periodo de desórdenes y relajacion que iba atravesando la república, debian ser el mas seguro preservativo contra los riesgos que amenazaban á la nueva generacion.

Cuando el tierno y honrado padre hubo inspirado á su hijo los sentimientos generosos y las máximas elevadas, de que este consignó muchas veces en sus obras el grato recuerdo, determinó enviarle á Atenas, en cuyas escuelas se completaba entonces la educacion de los jóvenes acomodados. Allí estudiaban filosofia á la sazón el hijo de Ciceron, Mesala, Varo, Bibulo, y otros varios, que sin las turbulencias que sucedieron al asesinato de Julio César, verificado al año siguiente de la partida de Horacio, hubieran cumplido los altos destinos á que parecian llamados entonces. En aquella tranquila morada de las Musas, se aplicó el joven venusino al estudio de la filosofia y al de la literatura, de que verosimilmente nada le habria distraido, si á los dos años no se presentasen en Atenas el famoso Marco Bruto, y el principal de sus cómplices Casio, que creyendo haber destruido la tiranía con la muerte que dieron á César, querian obtener por la fuerza de las armas en Grecia, la recompensa que á su pretendida proeza rehusaba la Italia. Mientras hacian ambos los preparativos necesarios para resistir á la formidable liga que acababa de formarse en Roma con el nombre de triunvirato, Bruto asistia alguna vez á las escuelas de los filósofos, y en ellas tuvo ocasion de conocer á Horacio, con el cual trabó luego una amistad íntima. Organizóse en breve el ejército con que los republicanos se proponian hacer frente al poder de los triunviros,

que se proclamaban vengadores del asesinato de que Bruto se envanecia; y por sus relaciones con éste logró Horacio el importante cargo de tribuno de una legion, no sin que murmurasen muchos de que se confiase el mando de seis mil hombres á un mozo que no contaba aun veinte y tres años de edad. Despues de varios movimientos que hicieron sobre las islas y las costas del Asia menor, hubieron los gefes de concentrar sus fuerzas en la Grecia, para oponerlas reunidas á las de Octavio y Marco Antonio, que habiendo dividido entre sí el gobierno del mundo romano, no podian sufrir que nadie se lo disputase. En el otoño de 712 se avistaron en fin en las llanuras de Filipos, ciudad de Macedonia, con las huestes mandadas por los triunviros, las de los matadores de César, y deshechas estas en dos grandes batallas, dadas en dos dias consecutivos, perecieron de resultas sus dos gefes; Caton, hijo del que pocos años antes inmortalizara el nombre de Utica, dándose dentro de sus murallas una muerte gloriosa; y Varron, y Hortensio, y Varo, y otros no menos valerosos mancebos. Horacio huyó con otros muchos, y se aprovechó sin titubear de la amnistia que se publicó despues de la derrota.

Pero ella le dejó sin empleo, y ya antes le habia dejado sin bienes la confiscacion, pues muerto su padre en aquel intermedio, se apoderó el fisco del escaso caudal que por su fallecimiento debia heredar el joven tribuno. No quedó pues á este mas recurso para vivir, que el de volver á las ocupaciones literarias, que los hábitos militares le obligáran por algun tiempo á interrumpir, y el de aplicarse sobre todo á cultivar la poesia, cuyo ejercicio habia sido siempre un título mas ó menos

eficaz de recomendacion. Es verosimil que sin el desastre de Filipos, no se habria Horacio dedicado esclusivamente á la profesion que tan en breve le cubrió de una gloria, que pues no se hundió en el caos de los siglos bárbaros, parece destinada á no perecer jamás.

Solo en Roma podia Horacio sacar partido de su grande ingenio y de los conocimientos adquiridos en su brillante educacion; y á Roma se trasladó por tanto, no sin experimentar las escaseces, con que rara vez dejaron de luchar en uno ú otro periodo de su vida, los hombres de mas valer, á quienes tocó vivir en épocas de turbulencias y de trastornos. Pero ni aun en Roma, agitada á la sazón por violentas pasiones políticas, sujeta á una tiranía de que nadie podia prever el término, y trabajada por el ansia de adquirir riquezas, que habia prodigiosamente cundido entre las clases todas, era fácil alcanzar por la literatura una reputacion que mejorase desde luego la condicion de un hombre arruinado; y Virgilio mismo, que desde antes gozaba de una nombradía, debida tanto á la grandeza de su ingenio, como á la dulzura de su carácter, se habia visto reducido durante algun tiempo á lamentar en tiernos y delicados versos los horrores de la guerra civil, que le despojára de la herencia paterna. Era menester llamar la atencion por composiciones de un género atrevido, y Horacio se aplicó á la sátira, con el ardor de un jóven, que necesitaba tomar pronto una posicion elevada, pero con la delicadeza propia de quien, en sus reveses como soldado, habia aprendido los miramientos que convenia guardar con los hombres, á quienes entregára la fortuna el depósito de la fuerza pública.

La primera sátira que dió á luz nuestro poeta, le fué sugerida por la muerte del famoso cantor Tigelio. Habia éste adquirido grandes riquezas, adulando ó divirtiendo á Julio César, á Cleopatra y á Octavio, y gastádaslas á su vez con una multitud de parásitos y truhanes de que habitualmente se rodeaba. La gratitud de los favorecidos colmó de elogios al cantor, contra cuyas estravagancias no se atrevian á levantar la voz los hombres de saber y de virtud, por miedo de desagradar á los poderosos que le dispensaban su favor. Calientes aun sus cenizas, no temió removerlas el poeta extribuno, que seguro del buen efecto que producirian sus invectivas, las estendió en la misma composicion á algunos de los hombres conocidos á la sazón en Roma por sus vicios. Agradó á todos la audacia del jóven escritor, y en él vieron desde luego muchos de sus compatriotas el vengador de los escesos, para cuya represion eran impotentes las leyes.

Siguieron á aquella sátira otras en que el nuevo poeta que asomaba sobre el parnaso latino, descubrió sucesivamente estension de conocimientos, vehemencia de carácter, delicadeza, gracia, correccion, oportunidad, todas las dotes en fin que hasta entonces no se habian reunido en ninguno de los satíricos conocidos, y de las cuales solo brillaba una ú otra en las obras del popular Lucilio. El entusiasmo que instantáneamente produjeron las composiciones de Horacio, le valió en seguida la amistad de los mas ilustres personajes de Roma, y entre otros la del mantuano Virgilio, con quien no solo le unia la comunidad del talento y de las inclinaciones, sino la de la desgracia, pues á ambos habia la guerra civil despojado de sus propiedades.

Virgilio y su amigo Vario presentaron á Horacio en casa de Mecenas, consejero y favorito de Octavio, que ya poderoso, gustaba de ser designado con el nombre de César. No podia el hábil y delicado ministro recibir sin cierta desconfianza al poeta que acababa de anunciarse como el azote de aquellos á quienes deshonraban vicios, ó ridiculizaban defectos; y Mecenas tenia en realidad algunos, que Horacio no habia respetado bastante en sus primeras composiciones. No podian por otra parte ser todavia muy gratos en la córte del vencedor de Filipos los recuerdos del ardor con que el jóven tribuno habia defendido en los campos de aquella ciudad los intereses del gefe vencido. Asi, á pesar de las poderosas recomendaciones de Virgilio y de Vario, Mecenas recibió friamente por de pronto al que algo mas tarde debia ser el mas querido de sus amigos. Fué en efecto á poco tiempo, y como la mayor prueba de cariño que podia darle el poderoso ministro, era ponerle en situacion desahogada, no tardó en regalarle una linda y útil hacienda, que debia ser considerable, pues que contaba ocho esclavos dedicados á su cultivo, y en época habia reciente mantenido cinco colonos. La amistad que andando el tiempo le dispensó Mecenas, llegó á punto, que cuando en el año de 717 pasó éste á Brindis, á negociar la segunda reconciliacion de Octavio y Antonio, llevó consigo á Horacio, y le hizo embarcar en seguida en la escuadra que armó el heredero de César para apoderarse de Sicilia, y en la cual, dispersada, y destruida casi por un temporal, estuvo á pique de perecer el poeta.

Vuelto á Roma se entregó él á las inspiraciones de su Musa, no ya burlona y maligna, como hasta

entonces, sino retozona y festiva unas veces, otras elevada y sublime, y siempre diestra y delicada. Los tímidos esfuerzos hechos antes para introducir en la poesia latina varias de las combinaciones métricas á que dieran su nombre insignes poetas griegos, revelaron á Horacio, familiarizado con ellas desde su primera juventud, la gloria que podia alcanzar lanzándose con mas firme y resuelto paso en tan difícil via; y se lanzó en efecto, y en breve la poesia del Lacio se enriqueció con las cadencias sonoras de la de Atenas. Ni se contentó el atrevido jóven con esta magnífica innovacion, sino que aspiró á elevarse sobre sus modelos mismos, y lo consiguió luego, ora rodeando del prestigio de una armonia desconocida hasta entonces en su pais, las inspiraciones de la religion y los dogmas de la moral; exhalando ora en variados metros los votos puros de un patriotismo ardiente; ora en fin dando el mas brillante y voluptuoso colorido á las quejas del amor desdeñado, al contentamiento del amor satisfecho, y al júbilo de los festines. Tan elevado, pero mas metódico é igual que Píndaro; tan vehemente, pero mas profundo y correcto que Alceo; tan voluptuoso, pero mas variado y rico en sus pinturas que Anacreonte; tan tierno, pero mas moral y filosófico que Safo, Horacio ensayó con igual éxito todos los tonos de la lira, de la cual sacó sonos inmortales, que despues de cerca de dos mil años, deleitan aun, conmueven y trasportan á cuantos hizo sensibles la naturaleza á aquel linage de encantos.

Estas composiciones le valieron, si no tan general y unánime popularidad como las sátiras, la admiracion de cuantos se interesaban en los progresos de la literatura, y la envidia de algunos

Zóilos, á quienes consumia, tanto como la gloria literaria del insigne poeta, la familiaridad con que vivia con los mas altos personajes del estado. Ademas de Mecenas y de Agripa, únicos ministros que influian en las decisiones del hombre revestido del poder supremo, fueron sus amigos Mesala, Polion, Lólio, Pison, Planco, y otros magnates, de quienes tendré ocasion de hablar en mis notas; y le fueron entre los poetas, Virgilio, Váριο, Propercio, Tibulo, Fundano, Válgio, Visco, y cuantos sobresalieron en aquel periodo de ilustracion, designado aun hoy con la denominacion de *siglo de Augusto*.

La moderacion con que gozó Horacio de los favores de la fortuna fué igual á la resignacion con que antes habia soportado sus rigores. Jamás aspiró á empleo alguno, y solo aceptó el título de caballero, con que se honraba su protector mismo, bastante desinteresado para no adjudicarse en su larga y merecida privanza, ninguna de las eminentes dignidades, que solo por su favor obtenian sujetos de mucho menos mérito. Tan exento de ambicion como Mecenas, no solo las desdeñó todas, sino que rehusó en términos esplicitos el alto cargo de secretario de Augusto, con que éste le brindó, cuando no solo era el soberano de la Europa, de una gran parte del Asia, y de toda el Africa conocida entonces, sino que estaba en posesion de los honores divinos, conferidos sin duda por la adulacion, pero sancionados por el reconocimiento público. En 731 decia este príncipe á Mecenas, en un billete, de que Suetonio nos ha conservado el texto: «Antes bastaba yo para escribir mis cartas á los amigos; ahora, ocupadísimo y enfermo, deseo que me traigas á nuestro

Horacio. De parásito de una mesa particular, venga pues á ser comensal en mi mesa régia, y me ayudará á escribir mis cartas.» Cuando el poeta se negó á aceptar tan insigne muestra de confianza y de favor, Augusto no solo no se dió por ofendido, sino que escribiéndole despues en derecha, le dijo: «Cuánto me acuerdo de tí, te lo podrá tambien decir nuestro Septimio, pues delante de él hice de tí mencion: que *aunque tú despreciaste soberbio mi amistad*, no por eso te miraré yo con el mismo desden.» En otra ocasion le decia: «Sabe que estoy muy enfadado, porque no hablas conmigo en derecha en alguna de tus epístolas. ¿Temes acaso que te infamen las generaciones futuras, cuando sepan que has tenido familiaridad conmigo?» Estos hechos refutan por sí solos la opinion de algunos biógrafos, que de cierto pasage de una de las sátiras de Horacio, infirieron que él compró y sirvió una plaza de oficial de la tesorería.

Ningun suceso importante alteró el método de vida uniforme y pacífico que adoptó desde que por el favor de Mecenas, de Agripa y de Augusto, y por el gran prestigio de que le rodeó este favor, y mas aun su reconocido y acatado ingenio, se colocó en la mas envidiable posicion á que jamás quizá se elevó poeta alguno. Querido de unos por la dulzura de su trato, y de otros por la facilidad con que se prestaba á servirlos; respetado de todos por la elevacion de su espíritu, admirado por su desinterés, cubierto en fin de una gloria, realzada hoy por los homenages de diez y nueve siglos, murió Horacio en Roma, de edad de 57 años menos once dias, el 27 de noviembre del año 746 de la fundacion de aquella capital; ocho antes del naci-

miento de J. C., once despues de la muerte de Virgilio y de Tibulo, siete despues de la de Propercio, y un mes antes que Mecenas, que en una tierna composicion poética manifestó el profundo pesar que le causó el temprano fin de su amigo.

De los hechos que acabo de referir, los mas están sacados de las obras mismas del poeta, y algunos lo están de su vida, escrita por el diligente compilador Suetonio, ó atribuida generalmente á él. De estos mismos escritos aparece que fue de talla mediana, grueso, habitualmente sóbrio en la mesa, aunque con frecuencia exhortase á sus amigos afligidos á ahogar en vino sus pesares; y demasiado inclinado á los placeres del amor, aunque con frecuencia reprendiese la vanidad de ellos y los extravíos.

Los mas de los biógrafos de Horacio han hablado de su poco valor como militar, y de sus hábitos de adulacion como cortesano. Yo, reservando para los comentarios que haré sobre sus composiciones, el exámen y la refutacion de estos cargos, diré solo por ahora que el poeta jamás recató sus principios ni sus antecedentes republicanos; que hizo gala de ellos en muchas de sus obras, y conservó relaciones íntimas con varios personajes que manifestaron siempre poca adhesion al gobierno de un príncipe. Al que sobre las ruinas del triunvirato levantó el edificio del poder mas colosal que vieron los siglos, no asustaba la libre manifestacion de sentimientos, de que los beneficios de su administracion rebajaban cada dia la intensidad, y acabaron por borrar la huella. Las riquezas que las conquistas amontonáran en Roma, habian introducido alli el lujo; el lujo generalizó en seguida el deseo de figurar; este no tardó en engendrar am-

biciones, de que luego nacieron rivalidades, y estas á su vez abortaron encarnizadas discordias, que no solo cubrieron de sangre y de luto la Italia durante mas de medio siglo, sino que conmovieron los cimientos de la sociedad antigua, destruyendo la igualdad que era la base de sus instituciones. Redujéronse ellas á fórmulas estériles, y á vanas y mentidas apariencias, desde que el miedo que inspiráran las horribles matanzas de Mário y de Sila, convirtió al pueblo en instrumento de unas ú otras ambiciones privadas, y en juguete á la postre de todas ellas. Pocos años despues volvieron á abrir Pompeyo y César las llagas no cerradas de las revueltas anteriores, y el mundo romano se estremeció con el espectáculo de luchas en que se despedazaba con furor lo que se fingia acatar con entusiasmo. El asesinato de César suministró despues un pretesto plausible, sino un motivo legítimo, para nuevas disensiones, que prolongadas durante catorce años, habrian acabado en breve con la gloria y el poder de Roma, si cuando amagaba este espantoso cataclismo, un hombre hábil y feliz no se adjudicase el poder, que nadie en un periodo demasiado largo habia ejercido en bien del pais. La historia refiere de que manera usó de él Augusto, y cómo el reconocimiento universal realzó la paz y la prosperidad que derramó aquel príncipe sobre la multitud de naciones sujetas á su dominacion. ¿Era extraño que Horacio tributase al autor de tantos beneficios las alabanzas que nadie le negaba desde el Eufrates al Ebro, y desde las bocas del Tiber á las del Rhin, y aun casi hasta las del Elba?

Para concluir esta noticia, que en las notas procuraré completar, añadiré que en el espacio

de tres siglos y medio, que van corridos desde fines del XV, en que la imprenta empezó á publicar las obras de Horacio, pasan de mil las ediciones que de ellas se han hecho. Entre estas hay muchas con traducciones en todas las lenguas de Europa, y con comentarios mas ó menos estimables; hay ademas una poliglota, en que al lado del texto latino se halla la traduccion francesa de Montfalcon; la mia castellana publicada desde 1820 á 23; la italiana de Gargallo, la inglesa de Francis, y la alemana de Wieland y de Voss. Fuera de la Biblia, no hubo ciertamente obra antigua que recibiese, ni verosimilmente la habrá moderna, que llegue á recibir testimonios mas irrecusables de entusiasmo y de admiracion.

QUINTI HORATHI FLACCI

LYRICORUM CARMINUM

LIBER PRIMUS.

ODAS DE HORACIO.

LIBRO PRIMERO.